

una copa formada por un topacio con sumo arte. Así no debe maravillarnos que á los vapores del vino sacudiese las ideas tristes que le habían causado los disgustos entre su familia y el temporal destierro de su liberto favorito. Veía Roma en el horizonte muy conforme con el imperio y á sus pies muy tranquila; todos los suyos, excepción hecha de Narciso, rodeándolo con salud y en alegría; más bella que nunca y más amante su joven mujer Agripina; la corte romana en todo su esplendor; el siervo Haloto á su vera, gustando de todo antes de que lo devorara él para su tranquilidad; en consecuencia no se veían en sus ojos nubes, ni en sus entrecejos arrugas: el placer lo arrastraba en su fácil curso y lo sumergía en sus voluptuosas ondas. ¿Cómo era posible imaginar que se aprovechase una fiesta, la reunión más numerosa que se había visto en palacio, el espasmo de las grandes alegrías para cometer un tan execrable crimen, acabando con el dios mismo á quien se consagraba la fiesta? Así Claudio había, como hemos dicho, desechado todo recelo y dándose con libertad plenísima en absoluto al placer de una comida y una bebida exageradas como siempre que le tentó la gula.

— Divirtámonos á nuestro sabor — decía, — y olvidemos todos los disgustos. Invoquemos al dios Apolo para que nos asista con todas sus musas y nos aleje todos los pesares. Mezclemos á la sangre de las venas el vino viejo y absorbamos las esencias que caen disueltas de los aires sobre nuestras frentes. Veamos cómo los atletas se untan el cuerpo con los aceites de Minerva para sus actitudes escultóricas, con las cuales recuerdan las estatuas griegas, y oigamos cómo las vírgenes con sus voces melodiosísimas conciertan un coro de suaves cadencias que nos traigan la seguridad plena de un amor eterno. No nos inquietemos pensando en mañana. Los dioses gustan de nuestros inciensos y de nuestros discursos. Ceres nos regala con su pan, y con su vino Baco. Bajo el frondoso follaje maduran las frutas en los huertos, y sobre flexibles tallos se abren las flores en las praderas. El címbalo resuena de montaña en montaña, y la vid cierne su polen fecundísimo, en cuyos átomos van encerradas uvas henchidas de mosto. Ningún deseo está por satisfacer en el corazón. Siempre que sentimos el amor, Venus, á nuestra edad, nos procura el medio de satisfacerlo hasta con em-

pacho. Aunque no tengamos en las sienes el verde mirto de la juventud, tenemos en las manos el vaso rebosante de licor divino y en el pecho un corazón que de amor estalla. Comamos, bebamos y gustemos de todas cuantas dichas hay en el mundo. Regocijémonos dando al pecho la misma paz dada con tanto acierto al Imperio. Que corran las ideas á su antojo por nuestra inteligencia, las pasiones por nuestro sentimiento, el oro en las arcas, el vino en las mesas, el hidromiel en los altares, el verbo en la tribuna, el genio en la poesía, y las ninfas con los cinturones sueltos y las gasas flotantes por nuestros bosques y por nuestros jardines. Paz, paz, paz.

En vano pronunciaba desde alturas tan vertiginosas como el trono palabra tan divina como la palabra paz el emperador Claudio; una fatalidad incontrastable pesaba sobre su frente y lo tenía como aplastado bajo tan inmensa pesadumbre. Mientras á su cándido natural se había sobrepuesto con toda su influencia el placer, penetraba el crimen más y más en el corazón de su esposa. Indiferente, serena, majestuosísima, no quitaba ojo de los instrumentos apercebidos y montados á la perpetración de sus parricidas planes. Había comprado al gustador, quien debía tragarse una seta sin salsa, para satisfacer el ministerio de salvaguardia que desempeñaba, dejando sin gustar el condimento de tal plato, donde iba disuelta con todos sus espantosos estragos la implacable muerte. Jamás conoció el mundo naturaleza tan idónea para el crimen como la naturaleza de Agripina. Cuando se apercebía con tanto tiempo y empeño á descargar un golpe mortal sobre persona como Claudio, con quien la obligaba, si no un amor que no podía imponer al corazón, á pesar de sus deberes y de sus juramentos, una gratitud que debían recordarle á la continua su memoria y su conciencia, no fruncía el ceño, ni daba señal ninguna por la que pudiera inducirse lo supremo del momento y lo grave del crimen. Desde sus alturas había procurado que las setas fuesen las mayores y las más apetitosas posibles; que se presentasen al instante señalado por ella con la implacable frialdad de una Parca cortando con sus tijeras el hilo de una vida. Todas las mixturas hallábanse compuestas ya para el preparado envenenamiento de Claudio; todos los cómplices y encubridores y actores de la maldad en sus puestos respectivos; y Agripina vigilaba el plan aquel sin estremecerse, como si presidiese

cualquiera de las operaciones usuales y corrientes de la vida humana en su mayor inocencia. Venían las setas humeantes, con las setas humeantes la gustosísima salsa; el gustador estaba en su puesto; el siervo encargado de la mezcla terrible acababa su operación; el médico se preparaba con un poco de dolor y escrúpulo al cumplimiento del terrible ministerio que le habían asignado, y Agripina contaba con fuerzas bastantes para dirigirse á su esposo y decirle:

- No comas tanto, que pueden hacerte daño los manjares.
- ¡Ca! — dijo Claudio atracándose.
- Reserva un poco de apetito para las setas.
- ¿Tenemos setas?
- ¡Vaya si las tenemos!
- ¡Qué gusto!
- No puede darse un festín en palacio sin ellas.
- ¡Pues ya lo creo!
- Como que constituyen tu plato favorito.
- Lo confieso, ningún manjar tan sabroso á mi paladar y tan acepto á mi estómago.
- Por eso he ordenado que te las sirvieran.
- Incomparable mujer eres, Agripina: así dispones un senado-consulto como un buen guiso, y así mandas una legión de pretorianos como una compañía de pinches.
- Todo en servicio tuyo y en servicio del Imperio.
- Lo sé; y como lo sé, obligado y agradecido te quedo á cuanto haces por mí.
- Quererte con todo mi corazón, servirte con todas mis fuerzas.
- Y con estas minucias conoce uno el cariño de los demás indudablemente.
- ¿Cómo podría olvidar cuánto te gustan las setas?
- Mi madre tuvo antojo continuo de tal manjar durante los meses que me llevó en su vientre.
- Me lo has dicho.
- Así no debes maravillarte si te pido setas en el día y en la hora misma de mi muerte.
- Ya sabes que para obedecerte nací yo, y que obediente me hallarás á tu lado toda la vida.
- Gracias, Agripina, gracias — dijo el incauto á la hipócrita.

— Pero no comas así — añadió ésta, — que puede hacerte daño y echarás de menos las ganas en cuanto vengan otros platos.

— ¡Qué quieres! Me llaman á una glotón. Y eso nunca lo perdonaré. Cualquier historiador que lo dijese mentiría. Y no tenemos dominio sobre la historia. Suéltale un lebril á los historiadores, cuando te has muerto, y todo el mundo se goza en darte un puntapié, por lo mismo que ha debido en vida idolatrar tu persona. Pero ni soy comilón yo, ni mucho menos bebedor; soy así algo excesivo en comer y beber, pero no glotón, pero no borracho. Déjame, pues, comer á mis anchas, Agripina. Por mucho que coma, no me faltará apetito para echarme un plato como el gustosísimo de las setas entre pecho y espalda.

— Con efecto, aquí están las apetecidas y gustadas setas, aquí están, Claudio. Que de salud te sirvan. Que buen provecho te hagan. ¿Vas á comer todo ese plato? ¡Cuántas! Las hay superiores. No recuerdo haberlas visto tales en mi vida. Con cuidado, con cuidado. No vayas á tener indigestión. Mira que son indigestas.

Mientras Agripina decía tales cosas, Claudio se atracaba de setas sin tasa. Mojábalas con placer en el condimento y se las engullía sin mascarlas casi. El gustador estaba de pie á su lado indiferente, mientras el siervo, que acababa de servir el aderezado moje, corría, como quien huye de sí mismo, á la cocina, echando al suelo salsera con plato y cubriéndose la cara con dos manos como para no verse á sí mismo por lo feo que se veía en su conciencia. No habían pasado por las tragaderas del emperador los primeros bocados del guiso, cuando lanzó un grito, resonante por su intensidad y por su estridor en toda la sala; y tras el grito dejó caer la mitad superior del cuerpo sobre la mesa, estremeciéndose, falto de sentido, con la cara demudada, los puños crispados, al empuje de una horrorosa epilepsia. Los circunstantes, que habían sido invitados á una fiesta y no á un entierro, pusiéronse de pie con la uniformidad que á una muchedumbre descompuesta da el instinto simio, nativo en la naturaleza humana, de contagiosa imitación, preguntando unánimes qué pasaba. El primer cuidado de Agripina, como buena esposa, fué llamar al médico; y no acababa de llamarlo, cuando aparecía ya por allí el buen Xenofonte muy solícito. Llamado el médico, apresuróse la emperatriz á calmar las impacien-

cias del concurso, diciendo que tenía el emperador un ligero vértigo, causado por los vapores del vino y por la rareza del aire. No debieron creer en la levedad del mal de su padre Octavia y Británico, pues echados de hinojos á sus plantas, lo cubrían de caricias, lo llamaban á voces, llenando de funerales alaridos y de sollozos espantables todo el recinto, cargado todavía con los ecos del voluptuoso festín. Nerón estaba de pie junto á su madre, frío y erguido, apercibiéndose al imperio y al trono, como un atleta griego, pronto á desvestirse y á tomar carrera en los juegos olímpicos. Agripina fingía el dolor, como ella supo fingirlo todo en la vida, con suma naturalidad, pero apresurándose á separar de allí el cuerpo inerte y á preparar lo necesario para que ocupara inmediatamente su hijo el vacío por él hecho sobre la cima de Roma. En cuanto pudo sacó del salón aquel, tan lleno de gentes, el cuerpo de su esposo, quien aún se agitaba y estremecía con los sacudimientos precursores de la muerte, y mandó tenderlo en su propio lecho nupcial, donde había encontrado su mortaja el infeliz y cuitadísimo. ¡Cuál imperio sobre sí aquella mujer necesitaba para perpetrar un crimen tan espantable con calma! llorar con apariencias de verdad los resultados horribles del crimen por ella cometido, la triste agonía de Claudio, y prepararlo todo y apercibirlo todo á fin de que no fuera el crimen inútil y aquel por quien se perpetraba recogiese los frutos sembrados por la nativa perseverancia de su madre, acerada en las alturas del trono. Mientras el concurso murmuraba, y la servidumbre gemía, y Octavia con Británico lloraban, y departían cual si nada sucediera Séneca y Persio y Lucano filosóficamente, y los guardias del pretorio corrían de un lado para otro, y los cortesanos presentaban parias al supuesto sucesor inmediato que sonreía plácido, susurraba estas palabras Agripina, para sí, viendo llevar entre seis ú ocho esclavos los restos inertes de Claudio á la cama:

— ¡He triunfado! ¡Emperador es Nerón!

FIN DEL TOMO SEGUNDO

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO

	Páginas
CAPITULO PRIMERO. — Los dos hermanos.	5
CAPITULO II. — El ideal y la realidad.	29
CAPITULO III. — La retórica de Nerón.	51
CAPITULO IV. — Elocuencia, poética, música neronianas.	75
CAPITULO V. — La oración de un suicida.	111
CAPITULO VI. — Amor sin matrimonio y matrimonio sin amor.	139
CAPITULO VII. — Corona y yugo.	165
CAPITULO VIII. — Ginocología romana.	182
CAPITULO IX. — La <i>Farsalia</i> de Lucano.	215
CAPITULO X. — Las fiestas imperiales frente á los recuerdos republicanos.	238
CAPITULO XI. — La última victoria de Agripina.. . . .	265

ADVERTENCIA. — El cromo que representa una PÁTERA DE ORO MACIZO (de la época de los emperadores) debe colocarse enfrente de la portada.

